

# LA "LECCION FRANCESA"

EDUARDO HARO TECGLÉN



El ex primer ministro y ahora alcalde de París, Jacques Chirac: una excepción dentro del avance general de las izquierdas en las municipales francesas.

EL análisis de ciertos acontecimientos internacionales se hace muy frecuentemente desde un punto de vista comparativo y con respecto a las situaciones nacionales, y con el espejismo de obtener lecciones o de buscar una identificación. Hay, en efecto, una corriente que tiende a hacerse mundial, cada vez con más intensidad, en razón de la intercomunicación creciente de los pueblos, de los grandes conjuntos internacionales que se crean, de las grandes variaciones que afectan generalmente a todos. Pero aún es una corriente profunda. Por otra

parte, hay unos hechos genuinos de cada país, que corresponden a su propia nacionalidad, desde los arrastres históricos hasta su forma de gobierno, que no son comparables. Generalmente, los análisis se detienen en estos hechos, que son más anecdóticos que categóricos. Por ejemplo, las dos recientes elecciones generales legislativas, la de Francia y la de la India, tan claramente distintas entre sí; tienden a analizarse en España con una óptica nacional. Se dice que en Francia ha ganado la izquierda porque se ha presentado unida, frente a una derecha dispersa, de

donde se deduce que siempre que un bloque se presenta unido en unas elecciones gana al que se presenta desunido. Se dice también que el continuismo de Indira Gandhi no era ya viable, y que se había convertido en una dictadura democrática, de donde cualquier dictadura democrática de aspecto continuista es fácilmente derrotada en las urnas. Aplicado a las vísperas electorales españolas, este tipo de razonamientos termina por pervertir la realidad española y, al mismo tiempo, por no dejar comprender los acontecimientos de los países analizados tan someramente.

Cierto que hay una corriente profunda en Europa Occidental que favorece a la izquierda, aparte de que ésta se presente unida o desunida. Países que están en una misma área política y económica, y que siguen una línea que procede de Estados Unidos, tienen unos mismos problemas básicos. El principal, el de la economía y el de su repercusión social. Estamos en una fase histórica en la cual la abundancia o la riqueza que se había ido fraguando en los últimos años y que se organizaba dentro de un capitalismo propio de sociedades opulentas, en un sistema de mercados que se ha llamado consumismo, ha comenzado a entrar en crisis. Este sistema estaba basado en una gran movilidad del dinero que producía una sensación de ascenso en las clases sociales más bajas y permitía una abundancia industrial que mantenía altos niveles de trabajo. De alguna forma se había desplazado la lucha de clases interna a una explotación de clases exteriores: desde la utilización de materias primas a bajo precio de países subdesarrollados, hasta la forma de colonialismo importado que se hacía con la emigración de los países menos afortunados. Las diferencias interiores de clase quedaban enmascaradas. Pero las materias primas se han encarecido notablemente, sobre todo la madre de esas materias primas, la energía; y el sistema capitalista establecido en cada nación beneficiaria ha comenzado a repercutir sus problemas sobre las clases sociales de su país menos favorecidas. Ello ha hecho reaparecer, todavía sin la virulencia que en el siglo pasado o a principios de éste, una forma de lucha de clases. Las grandes comodidades de la sociedad de

consumo no se han perdido del todo, pero van desapareciendo de una forma que puede considerarse alarmante. La inflación y el desempleo repercuten sobre las viejas clases castigadas; los emigrantes tienen que volver a sus países de origen, donde transportan ya un malestar y se suman a los problemas nacionales de desempleo. En este principio de descomposición de una sociedad que aparecía como más unitaria hace que los "desclasados" (que en realidad no han perdido su estancia en una clase superior, porque siempre han estado relativamente en la baja, aunque no se dieran tanta cuenta) fijen su atención en los partidos de izquierda, en cuyos programas figura tradicionalmente la idea de un nuevo reparto de la riqueza, de una nacionalización más o menos profunda de los bienes de producción, de un sistema autogestionario, etcétera. Este tipo de corriente no es uniforme, sino que varía según las circunstancias de cada país. En Italia y en Francia surgen con una cierta identidad; las dos hermanas latinas del Mercado Común tienen algunos rasgos parecidos. Pero en Italia, por su mayor pobreza y por unos arrastres históricos, surge con más fuerza que en Francia; Italia es un país tradicionalmente pobre —dentro de unos límites— y Francia es un país tradicionalmente rico. Por eso en Italia pudo surgir con toda su fuerza el fascismo y en Francia se quedó a las puertas en la misma época. El progreso de la izquierda en Italia es mucho más fuerte, y mucho más fuertes son las medidas extraparlamentarias para atajarlo, de donde surgen los disturbios y las marginaciones de los partidos políticos, las rebeliones juveniles y los atentados.

Cierto que en las elecciones francesas la unidad de la izquierda y la ruptura de la derecha ha sido un factor de interés en el problema electoral municipal. Pero no son fruto de la casualidad. La izquierda aparece unida —a pesar de las disensiones entre el Partido Comunista y el Partido Socialista— porque lo requiere la base en unas circunstancias que considera excepcionales. La ruptura de la derecha es una consecuencia de la misma crisis: una parte de la actual mayoría (que ya no lo es en el país, según los datos electorales, sino que lo es todavía en la Asamblea Nacional) tiende a en-

## LA 'LECCION FRANCESA'

frontarse con los problemas sociales y económicos con una serie de reformas que produzcan una nueva sensación de ascenso de las clases ahora inferiorizadas, incluso apoderándose de los grandes temas de la izquierda, mientras otra parte de la derecha presenta la resistencia típica a la "concesión", reclama medidas de autoridad y un fuerte orden público que pueda evitar los desórdenes. Es decir, hay una derecha contemporizadora y reformista y una derecha autoritaria y clásica. Que esto suceda en España no es extraño, porque la gran derecha se encuentra en situaciones parecidas ante una crisis mundial; pero los datos son distintos, porque España nunca había alcanzado la riqueza de Francia ni el "standard" de libertad y de abundancia de la verdadera sociedad de consumo, y porque el arrastre histórico es enteramente diferente: los cuarenta años de régimen autoritario dan a la contextura nacional un aspecto genuino y producen un reflejo mayor de "ley y orden". Es curioso que el franquismo haya producido en gran parte de la población un reflejo de centrismo típico, que ahora quieren algunos partidos y algunas personas capitalizar. El centrismo, en este caso, es la huida de la política, la busca de la paz social y una forma de inmovilismo, por la vieja táctica de que no moviéndose, no pasa nada.

Si en Francia hubiese habido una corriente natural derechista, si la abundancia y el consumismo no hubiesen mermado tan considerablemente, el resultado electoral hubiera sido distinto, a pesar de la desunión de la derecha. Que probablemente no se hubiera producido de una manera tan tajante, como no se produjo en situaciones electorales anteriores; porque no hacía falta, porque todo iba bien. En el campo de la izquierda, las diferencias entre Francia y España son mucho más manifiestas. La oposición de izquierdas no ha tenido allí los cuarenta años de interrupción dramática que ha tenido en España. Son partidos tradicionales y bien asentados, donde el relevo de las generaciones se produce sin grandes sobresaltos y la experiencia se va acumulando. Hay una vieja sabiduría de la izquierda que sigue funcionando. En España, en cambio, hay una izquierda nerviosa y agitada, recién salida de un largo lazareto, con bajas de muertos políticos en sus filas, con largos exilios, con una clandestinidad difícil. O con aportaciones de la larga etapa anterior del régimen. El hecho de que algunas figuras del franquismo —e incluso de la derecha antefranquista, como Gil-Robles— figuren en

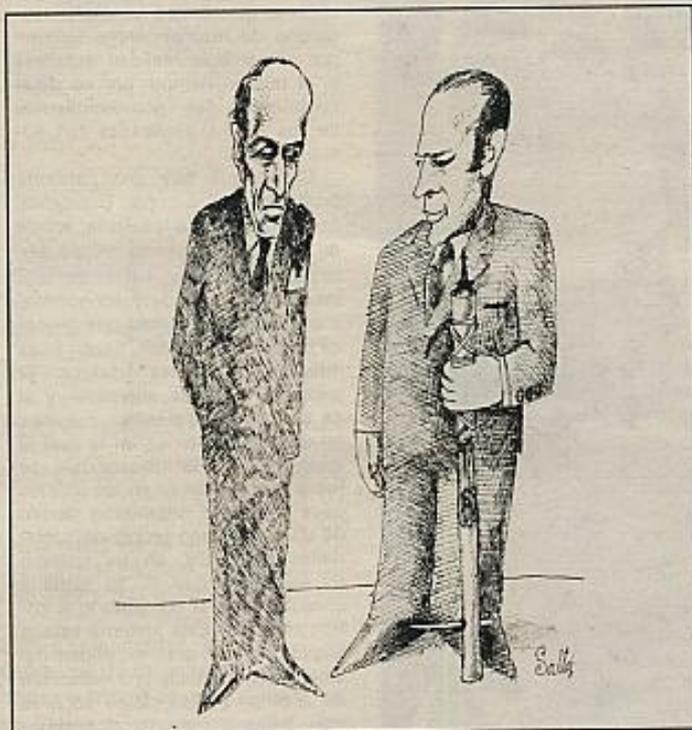
una oposición democrática explica la penuria de la izquierda para obtener nuevos nombres. Como el mantenimiento del señor Carrillo en la secretaría general del Partido Comunista, aparte de su calidad de símbolo —a la que han contribuido tanto los propios enemigos del comunismo y del mismo señor Carrillo— y de su capacidad personal para ese puesto. La izquierda en España, o la oposición democrática en general, no aparece unida ni puede aparecerlo, como no haga una contracción muy dura de sus condiciones, porque su sed de pluralismo y el afán de protagonismo de los partidos, además de una desinencia de arrastre histórico, le impide ese reflejo. Pero si la enorme opinión del país fuese izquierdista, ni la desunión ni la Ley Electoral, ni la falta de medios de comunicación y de expresión, contendría la marea electoral. Los que creían que la

do una Asamblea Nacional donde el libre curso de los debates y las votaciones de temas determinados hubiesen producido —o producirá— un equilibrio en las formas de la vida de la sociedad más en consonancia con el reparto de la mayoría. Por viejos reflejos autoritarios se considera aquí que cuando un partido o un bloque ganan unas elecciones, ocupan enteramente el poder y hacen y deshacen según sus programas. Nada más lejos de la realidad. El bloque vencedor, que es a su vez consecuencia de un compromiso interno, se encuentra en relaciones de compromiso con una minoría que sigue existiendo políticamente. La derecha francesa que ha ocupado y que ocupa el poder tampoco ha ejercido un aplastante gobierno de derechas, sino, como siempre, un gobierno comprometido con una Asamblea y con un sistema electoral que cada cierto número de

riado en este sentido, ha ido mejorándose o perfeccionándose a lo largo del tiempo. En este programa se incluye todo un fundamento de la sociedad, desde la regulación de nacimientos y el empleo del ocio hasta las grandes formas de organización del Estado en el caso de un triunfo electoral suficiente para intentar hacerlo. Como las derechas tienen su programa, o sus programas, e incluso la ocasión de ponerlo en práctica durante su etapa de gobernación.

En España no existe ese programa común de la izquierda. Las alianzas son tácticas y se hacen en evitación de un mal mayor. Los grandes documentos de la izquierda se han remitido siempre a situaciones actuales consideradas como de urgencia: reconocimiento de partidos políticos sin excepción, amnistía, Ley Electoral, igualdad de oportunidades, nacionalidades del Estado español, etcétera. Es un manifiesto más que un programa, y se refiere sobre todo a una acción negativa inmediata —el saldo de la etapa anterior del régimen, o del régimen entero— con más fuerza que a una vasta planificación del país que pudiera estar gobernado por la izquierda democrática. Los congresos de los partidos, las convenciones, los mítines, rehúyen también un verdadero programa, y presentan como tal una sucesión de oratorias más o menos acertadas, pero basadas todas ellas en lo mismo. Puede que sea enteramente natural esta situación, y que incluso el retraso en verdaderos programas-monumento se deba al desconocimiento de la masa electoral y al miedo de presentar opciones que el conservadurismo histórico de un país que no está informado de los grandes temas de la libertad podría rechazar en las urnas.

En cuanto a la "lección india", apenas merece la pena comentarla desde un punto de vista comparativo. Desde su filosofía hasta su situación económica miserable, pasando por las grandes presiones internacionales que experimenta, le dan un cariz totalmente distinto. Que Indira Gandhi haya visto terminar sus once años de gobierno no es algo que no se puede considerar como una ley general contra el "continuismo". No tendría sentido. La caída de Indira Gandhi ha dejado paso a un nuevo hombre fuerte, Morarji Desai, que está mucho más a la derecha y es todavía más continuista —en el sentido del puritanismo hindú y de la fuerza de las costumbres— que la propia Indira Gandhi. Si algo se puede aprovechar de esta lección es que la perversión de la democracia como la que había realizado Indira Gandhi no es suficiente para ahuyentar la esencia misma de la democracia, que es la votación popular. ■



desaparición de Franco podría provocar una ola gigante en el sentido inverso, estaban bastante equivocados.

La "lección francesa" tiene un aprovechamiento distinto. Es la lección de una madurez democrática que representa su eterna obra en unos momentos muy determinados. Es la lección de cómo en un país organizado en democracia pueden tomar el relevo en la mayoría aquellas formaciones políticas que el pueblo considera más aptas para enfrentarse con unas condiciones de vida que han dejado de ser las que eran, y para las que no están capacitados, por su procedencia de otros sistemas y de otras etapas anteriores, otras formaciones políticas. Todo ello con una dosificación muy relativa, que si estas elecciones hubieran sido legislativas —y lo serán el año que viene— hubieran produci-

do años le coloca de nuevo ante las urnas. Sea cual sea su tinte político, no puede olvidar nunca que el sistema le tiene continuamente sometido a examen, y que si su acción no es suficiente, le condena a la oposición. Es una lección de cómo funciona la democracia (lo cual no quiera decir que no haya otras fuerzas extraparlamentarias que alteren la gobernación del país y la dosificación electoral, como pasa en Italia).

La otra "lección francesa" es la que dé la importancia de los programas. La izquierda no ha aparecido unida como consecuencia de una táctica o de una estrategia, simplemente para conquistar el poder, sino como resultante de un programa político, el programa común. Un programa que comenzó a ser elaborado hace años, y que aunque en lo sustancial no ha vá-